

EDITORIAL



*A la memoria de Hernán Henao,
amigo y colega, con quien compartimos
sueños y esperanzas de una
Colombia mejor.*

Para el CINEP la construcción de la paz está esencialmente ligada al desarrollo integral de las regiones cruzadas por el conflicto político y social y a la construcción de un espacio público de resolución pacífica de conflictos. Este ámbito público se expresa en la integración de una sociedad civil fuerte a partir del diálogo pluralista entre diferentes y en la vigencia plena de un Estado de derecho que dirima los conflictos de acuerdo a la justicia, con pleno respeto a los derechos humanos y al Derecho Internacional Humanitario, que detente el monopolio total de la fuerza legítima y que exprese simbólicamente la identidad colectiva de los cambios.

Estos principios se hacen realidad en los procesos desencadenados por el programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, (PDPMM), que el CINEP inició hace unos años en consorcio con la SEAP, Sociedad Económica de Amigos del País y que hoy continúa desarrollando en consorcio con la Diócesis de Barrancabermeja. En este proceso han jugado papel importante entidades como ECOPETROL y la USO, la Corporación Andina de Fomento, CAF, los ministerios de Salud, Educación y Agricultura (Fondo DRI), Planeación Nacional, el Banco Mundial y otras organizaciones privadas y públicas. Pero la idea básica del programa es que se trata de una construcción colecti-

va de un proyecto de paz y desarrollo, llevado a cabo por los propios pobladores de la región, con el impulso del consorcio como organismo gestor y catalizador de iniciativas y recursos.

Por eso, el presente número de la revista *CONTROVERSIA* se inicia con un artículo de Francisco J. De Roux, director ejecutivo del Programa, que relata los comienzos y las circunstancias a las que obedeció, las dinámicas excluyentes y perversas a las que pretende responder, los principios metodológicos que la guían, sus objetivos y la manera como se ha ido concretando su desarrollo durante estos años. A partir de identificar las dinámicas económicas, políticas y culturales que generan exclusión y violencia y las variables explicativas fundamentales de esas dinámicas, se propone la confluencia entre la participación de los pobladores de la región y la reflexión analítica de los investigadores para construir un proyecto colectivo que permita la vida digna para todos los habitantes de la región. Ese proyecto colectivo pasa por la convivencia ciudadana en una cultura de paz que ponga las bases para la construcción del espacio de lo público y por la construcción de una economía sostenible, desarrollada y controlada por los pobladores de la región: ambas cosas deben confluir en una nueva relación entre Estado y Sociedad.

A partir del diagnóstico sobre las dinámicas perversas de la región, este objetivo se concreta en líneas de acción que pretendana reorientar las actividades de los actores sociales hacia la búsqueda del desarrollo y de la paz: se parte de la inexistencia de una sociedad civil organizada y articulada y se asume que la construcción colectiva de proyectos viables y estratégicos, que desenca-

denan procesos autosostenidos de desarrollo, es un paso para la construcción de civilidad en una región cruzada por toda suerte de conflictos, donde se contraponen diversas concepciones de desarrollo y de sociedad. Se pretende entonces la construcción de una sociedad civil regional y local, a partir de actores sociales heterogéneos, que normalmente tienden a considerarse como totalidades aisladas que buscan implantar su hegemonía en la región. En esa construcción de ciudadanía se otorga importancia especial a la estrategia educativa, para impulsar la construcción de identidad ciudadana por encima de las identidades particularizantes.

Después de este contexto global del programa se presentan dos análisis del escenario regional en el que se desarrolla. El primero, a cargo de la historiadora Amparo Murillo, muestra la manera como se va construyendo esta conflictiva región a partir de su dinámica de poblamiento, producto de las contradicciones sociales y económicas de las sociedades regionales vecinas, que la convierten en receptora de la población expulsada por los problemas agrarios. Desde los tiempos coloniales, la región se constituye en una frontera no plenamente incorporada al dominio urbano y territorial del Estado, que se convierte en el refugio de la población campesina expulsada por la consolidación de la hacienda ganadera y por los conflictos de las guerras civiles del siglo XIX. Esta realidad regional conflictiva se hace más compleja en el siglo XX, por la presencia de la actividad petrolera y el aumento del tráfico comercial, que atraen más migración campesina y producen nuevos actores sociales, como los sindicatos y los grupos sensibles a ideas socialistas, que nunca logran quebrar la lealtad dominante al Partido Liberal. Sin embargo, el espacio social construido en la región es muy proclive a propuestas democráticas de carácter radical y popular y a la confrontación entre grupos de distinta procedencia

étnica y cultural. Más recientemente, estas sociedades de colonización y de enclave se transforman significativamente por la presencia de actores armados de diverso signo, que profundizan el conflicto como eje identificador de su realidad como región. Por eso, sostiene la autora, la denominación geográfica de Magdalena Medio tiene origen militar, al ser determinada como una región conflictiva y violenta, objeto de una estrategia política y militar de control territorial.

Esta mirada histórica de larga duración es complementada por un análisis más reciente de la coyuntura política de la región, a cargo de Mauricio Romero. Desde la perspectiva de un observador más o menos externo al programa, Romero plantea los desafíos y vicisitudes que implica el desarrollo de estas iniciativas piloto para la superación de la pobreza y la construcción de la paz en un escenario en disputa por actores armados de diferente signo. Además, la interacción positiva que plantea entre Estado y sociedad civil constituye una ruptura con el estilo político clientelista dominante en la región. De ahí las dificultades y retos del programa en un espacio fragmentado política y militarmente, lo mismo que los recelos que despierta entre guerrilla, paramilitares, poderes locales y políticos, su propuesta de construcción de sujetos políticos autónomos e involucrados en los problemas colectivos. Se pregunta Romero cómo logra el PDPMM operar un proyecto progresista en una región infestada por paramilitares y autodefensas, que construyen una base social a partir del autoritarismo y los abusos de la guerrilla y de la escasa institucionalidad existente en la región. Todo esto, en medio de una profunda crisis de los aparatos políticos y una gran desconfianza de la población frente al Estado central y sus aliados locales.

Después del análisis de los escenarios donde se desarrollan las actividades del Programa de

Desarrollo y Paz, se presentan las estrategias concretas del Programa: Mauricio Katz analiza la metodología general del proceso y Javier Moncayo muestra la metodología de elaboración de los proyectos concretos de las comunidades, mientras que Katz hace evidente la incidencia de estos proyectos en el proceso de construcción de la dimensión de lo público.

Así, Mauricio Katz comienza advirtiéndonos que se trata de un proceso en permanente construcción, sujeto siempre a ajustes, elaborado colectivamente, a partir de la práctica social. Luego pasa a describir el contexto y las características del proceso, sus dinámicas y principios orientadores: la organización pretende la articulación de identidades, intereses y culturas diferentes para la construcción y consolidación de una sociedad civil autónoma, la participación se considera como condición necesaria para apropiarse de las propuestas de desarrollo, el empoderamiento de las comunidades es necesario para que ellas asuman paulatinamente el control de su propio proceso de desarrollo y de construcción de convivencia ciudadana, y la concertación se presenta como proceso continuo de búsqueda de acuerdos mediante la negociación permanente entre los actores sociales implicados.

Luego, Katz describe las características generales de la propuesta metodológica del programa, subrayando que se trata de un esquema de aprendizaje continuo, en contraste con un esquema cuyas condiciones están previamente definidas. Los sujetos de ese aprendizaje son la propia comunidad de los pobladores del Magdalena Medio, el equipo gestor (el Consorcio actual) y los organismos financiadores. Señala luego los criterios y principios del programa: se pretende la inclusión más amplia posible de los pobladores, la hegemonía de la sociedad civil local y regional en la conducción de los procesos y se parte del reconocimiento de los poderes realmente exis-

tentes en cada localidad, sin negar las diferencias, ni señalar víctimas ni victimarios. Luego muestra el autor cómo el programa se concreta en propuestas territoriales de desarrollo y paz, que sean política y socialmente viables, y técnicamente factibles, a partir de núcleos dinamizadores -redes de pobladores- en cada municipio. Esos núcleos identifican, jerarquizan y priorizan los problemas de sus comunidades según su incidencia en la situación de pobreza, para luego pasar a identificar las potencialidades y oportunidades de cada municipio para la superación de esa situación. A partir de allí identifican iniciativas surgidas de las comunidades como propuestas de solución, capaces de desencadenar procesos más amplios de desarrollo.

Por su parte, Javier Moncayo describe en su artículo la manera como se construyen estos proyectos a partir de la propia experiencia de las comunidades, insistiendo en que el Consorcio no asume nunca el papel de ejecutor sino de catalizador para la maduración de las iniciativas de las comunidades. Estas iniciativas parten de un análisis propositivo de la realidad y de una visión compartida de futuro, que aparece muy distante de la capacidad organizativa y ejecutora de las comunidades. Por eso, se hace necesario un plan de maduración de esas iniciativas a través de un proceso gradual de aprendizaje, que se inicia con subproyectos de corto plazo (seis meses), cuyos resultados sean comprensibles y verificables, para ser ejecutados por las comunidades. Así, gradualmente se va aprendiendo a realizar planes de desarrollo más complejos y de mayor cobertura territorial, hasta lograr articular estas iniciativas comunitarias en los planes de desarrollo municipal y de reordenamiento territorial.

En el siguiente artículo, Mauricio Katz muestra cómo el modelo de desarrollo implícito en esta metodología conduce a la construcción de

lo público como escenario donde sea posible resolver las controversias por la vía del diálogo entre posiciones diversas. Para ello, rastrea la evolución histórica del desarrollo de la dimensión de lo público, asociada a la afirmación del individuo como sujeto autónomo frente al conjunto de la sociedad y al surgimiento del Estado nación, como forma de organización política y territorial que integra factores culturales, históricos y geográficos. Esta evolución, surgida de la división social del trabajo y de la división público/privado, va paralela al desarrollo de la ciudadanía, entendida como pertenencia a un conjunto político que implica la adopción de ciertas normas éticas, y a la consolidación del estado moderno, con dominio del territorio, monopolio del uso de la fuerza y capacidad para constituir y representar intereses colectivos, que implica la capacidad para regular e integrar individuos y conflictos bajo una institucionalidad creíble, bajo unas reglas del juego comúnmente aceptadas.

Este desarrollo histórico es contrastado luego con la situación del Magdalena Medio, caracterizado por la fragmentación y privatización del espacio público, la debilidad de la ciudadanía y del Estado, la desarticulación de los niveles local, regional y nacional del poder y la inexistencia del monopolio estatal de la fuerza, debido a la fragmentación del poder y la entrega tácita de la soberanía estatal sobre vastas extensiones del territorio. El Estado se presenta como patrimonial y clientelista, ajeno al ciudadano y a las organizaciones de la sociedad.

En este contraste se inscribe la propuesta del PDPMM como una modernización que altera la estructura social existente en lo económico y lo político y un modelo de desarrollo que se aparta de la consideración de que el problema reside en la explotación de los individuos por el mercado y no en su exclusión de éste. El desarrollo así concebido va más allá del mero creci-

miento del PIB e insiste en la necesidad de ampliación del mercado interior para buscar la inserción en él de los que hasta ahora solo participan de él marginalmente, junto con la búsqueda de mercados externos. Y toma al capital social como indicador de la ligazón entre la construcción de lo público y la activación económica de la región: este capital social aparece como acumulado histórico del factor humano residente en la región y su desarrollo tiene que ver con la capacidad del conjunto social para generar relaciones de mutua confianza, reciprocidad y solidaridad.

El bloque final de los artículos de esta CONTROVERSIA se dedica a las dimensiones cultural y educativa del Programa, a cargo de Amparo Cadavid y Marco Fidel Vargas. El artículo de Cadavid invita a mirar la realidad de la región del Magdalena Medio con *otros ojos*, distintos de la mirada generalmente negativa que predomina en los medios masivos de comunicación, insistiendo en que la realidad cotidiana de la región no se agota en la violencia sino que la búsqueda de respuestas y la construcción colectiva de la vida son también ejes de sentido de la realidad regional. Y señala las tendencias a posiciones radicalizadas como fruto de la necesidad de adscribirse colectivamente "a un adentro", a un lugar seguro que garantice la vida en una situación caracterizada por la debilidad del tejido social, la inexistencia del espacio público y la fragmentación del poder entre grupos armados privados en lucha por el monopolio del territorio. Así, la mirada fragmentada obedece a una realidad social igualmente fragmentada, donde la conformación de los sectores populares no está mediada por el Estado ni por la articulación a la sociedad mayor, sino por la identificación con grupos particulares de pertenencia. Además, estos grupos populares se ven inevitablemente forzados a interactuar con grupos armados de diverso signo, que llenan a veces

los vacíos dejados por la ausencia del Estado. A veces, el lenguaje de las comunidades campesinas aparece contaminado por el discurso de los actores armados, sin que necesariamente se identifique con él. Se trata, dice la autora, de una sociedad civil frágil, cuyos niveles de organización permiten esperar una evolución hacia la plena autodeterminación, pero cuyo desarrollo debe fortalecerse para que funcione como interlocutor autónomo frente al Estado.

En esa adscripción de los individuos a mundos simbólicos privados y fragmentados, como táctica de supervivencia, juega un papel importante el proceso de la construcción simbólica del enemigo, a través de estereotipos reforzados por los MCM, que tienden a convertir a la violencia como único portador de sentido para la realidad del Magdalena Medio. De ahí la importancia del papel mediador de la comunicación para la construcción de una ciudadanía democrática, la formación de mentalidades constructivas de región y el desarrollo de sujetos autónomos que se reconozcan mutuamente como interlocutores, superando las estigmatizaciones estereotipadas producidas por "el síndrome del enemigo".

Finalmente, Marco Fidel Vargas analiza la estrategia educativa del Programa, a cargo del equipo educativo del CINEP, que parte de asumir el conflicto como oportunidad para construir sociedad mayor en un escenario caracterizado por la violencia excluyente, la fragmentación del poder y una cultura autoritaria. Se parte de la hipótesis de que, en ese contexto, la escuela se puede asumir como espacio para la construcción de un nuevo tejido societal por medio de la negociación cultural entre visiones de sociedad y modelos de desarrollo, que se presentan como irreconciliables entre sí.

El artículo describe luego la realidad educativa de la región, insertada en un territorio dividido administrativamente, un poder político frag-

mentado entre diversos actores armados, comunidades internamente fragmentadas y aisladas entre sí, lo que produce desarticulación del tejido social y crisis de pertenencia a las comunidades locales. Después, Vargas pasa a narrar la manera como se realizó el mapa educativo de la región a partir de las comunidades educativas y las iniciativas que se fueron identificando con ellas, en un proceso de negociación cultural que permitió reconocer como válidas las iniciativas ajenas y las miradas diferentes, para llegar a la necesidad de negociar con ellas y establecer prioridades.

El mapa educativo regional permitió recoger información cualitativa y cuantitativa, que indicaba problemas como la falta de correspondencia entre la educación impartida y la realidad regional, la descontextualización y el reduccionismo de los programas de los maestros, que ocasionaban crisis de identidad y pobre desempeño profesional, junto con una evidente desorganización de la administración educativa. Se percibía un contraste entre una educación supuestamente moderna, diseñada desde lo urbano, alejada de la realidad campesina, y una falta de oferta en educación secundaria y media, que relegaba la socialización juvenil a la tienda o la cantina. Las expectativas prevalecientes insistían en la necesidad de una educación de la más alta calidad, que contemplara las necesidades del desarrollo socioeconómico de las comunidades de la región, que formara en valores democráticos, resolución de conflictos, conciencia ecológica, convivencia y paz.

Por otra parte, el mapa cultural de la región mostraba el contraste de comunidades cultural y regionalmente heterogéneas, aisladas, dispersas e incomunicadas entre sí, pero con una fuerte comunicación con los medios de comunicación nacionales e internacionales. Además, la trama cultural urbana se caracteriza también por la mul-

ticulturalidad y heterogeneidad producida por las diferentes procedencias regionales. Esta heterogeneidad se profundiza por las visiones fragmentadas de la realidad que se asumen con pretensión totalizante por parte de los grupos armados, que miran la diferencia como peligrosa ruptura del orden: se produce así una cultura excluyente de las diferencias y una respuesta autoritaria a la precariedad del orden social y la debilidad de la sociedad civil.

Esta situación plantea la necesidad de trabajar la pedagogía del conflicto en estos contextos de violencia: el problema central que se afronta es el no reconocimiento de la multiculturalidad por el intento de imponer visiones totalizantes y homogenizantes. Para responder a ese intento, hay que asumir el conflicto como eje central de la construcción de comunidades educativas que hagan visible las diferencias, desigualdades y la existencia de múltiples verdades. La estrategia pedagógica de la deconstrucción permite relativizar la perspectiva de cada uno, descubrir que la realidad tiene múltiples perspectivas y diferentes formas de construcción, que pueden ser reorientadas sin violencia. La deconstrucción logra nuevas lecturas sobre la realidad, entender los elementos conflictivos con los cuales hay que negociar, descubrir los miedos, los intereses, necesidades, deseos, inseguridades e imaginarios de los actores sociales, aceptar el moverse en tiempos de incertidumbre por la caída de los paradigmas totalizantes. Esta deconstrucción ayuda a reorganizar las prácticas sociales a partir de identificar qué elementos sirven para responder a los desafíos de tiempos inciertos y cuáles deben ser reconstruídos. Para eso, hay que aprender a "desaprender", superando las concepciones esencialistas y ahistóricas de verdad, las visiones dicotómicas y maniqueas que satanizan al diferente y las cosmovisiones totalizantes, que están en el origen de los conflictos armados.

Este recorrido por las principales dimensiones del Programa de Desarrollo y Paz permite apreciar la magnitud del desafío que se plantean el equipo gestor del programa, los pobladores de la región y las entidades financiadoras de él. Además, constituye una invitación a sumarse a la búsqueda de caminos concretos que hagan posible la construcción de la paz que anhelamos.

Fernán B. Ruiz

